

gran dificultad de análisis: a veces, aquélla se confunde con la de todo el país, y otras, parece una suma de grupos con trayectos demasiado divergentes como para ser englobados en una crónica común.

A diferencia de otros historiadores, más proclives a la generalización, Devoto subraya la diversidad de aquellos nómadas a quienes se les impuso el afán o la necesidad de ser argentinos. Con todo, el autor reserva una clave impresionista para otros fenómenos, y por ello declara el mimetismo social de cada etapa, ordenando en sus ejes la secuencia de arribo de los distintos grupos.

Entre las materias que más le importa esclarecer, figuran las políticas del Estado y las miradas de la élite. A partir de esa perspectiva de conjunto, el ensayista dedica la primera parte del estudio a los mecanismos, recurrencias y perdurabilidades del proceso migratorio. Dicho de otro modo: emprende una primera investigación en cuya raíz abarca la sociología y el sesgo económico de un desplazamiento cuyo eco nos alcanza. En consonancia con esos principios, el segundo tramo del libro historia los flujos inmigrantes por orden de llegada. La mudanza arranca en 1830 y se sostiene entre repuntes de expansión y crisis. Por cortesía, a cada flujo le corresponden unas ciertas

políticas de promoción e inserción, acá descritas con cuidadosa minucia. Desde luego, no es arbitrario el interés requerido por la oleada de 1890, sin duda imprescindible para comprender la identidad nacional. En este punto, es incitante el detalle en torno a la discusión conceptual que forjó un tópico duradero: el del crisol de razas y el pluralismo cultural de sello argentino.

Con idéntica fortuna, Devoto rastrea buena parte del siglo XX (1918-1960) para enriquecer el perfil con otro aporte: el de los refugiados de cepa europea, aquéllos que desembarcaron en tiempo de extremismos.

Después de dos siglos de inmigración ultramarina, el autor se pregunta si es posible componer un balance. Voluntariamente, sus conclusiones apuntan hacia una certidumbre: la imagen de este proceso, entramado con la historia del país, queda ligada indisolublemente a la percepción más general del éxito o el fracaso de la Argentina en su conjunto.

**Todos los Funes**, Eduardo Berti, Anagrama, Barcelona, 2004, 170 pp.

Las impresiones que enriquecen la nueva novela del bonaerense Eduardo Berti son de naturaleza

exegética. De manera entreverada, la narración incorpora digresiones explicativas, rumores del pabellón académico que, finalmente, se revelan como soportes de la identidad del protagonista: un tal Jean-Yves Funès que procura guardar coherencia con otros Funes del plano literario. Aquí habría que citar, en primer término, aquel texto que Cortázar adjuntó en *Último round* bajo el rótulo *Noticias de los Funes*: una iluminación fundamental que Berti cita como antecedente, y que además le sirve para relacionar dos relatos, *Bestiario* y *Sobreemsa*, con la novela *El examen*. Desde otro aspecto, el mentado Funès tiene razón al obsesionarse literariamente con su apellido. Hijo de una francesa y de un tanguero argentino, descubrimos que sus ambiciones de prosista se deben a otro cultivador eminente de la plusvalía, Borges, y en concreto, a la lectura de *Funes el memorioso*, protagonizado por aquel mágico compadrito cuya memoria era infalible. (Especulación añadida: sabe el Funès de Berti que dicho texto se dirige contra las tautologías, y por esto lo compara con aquel otro relato borgeano en el que unos cartógrafos trazan un mapa idéntico en su envergadura al territorio de un imperio, de suerte que el plano se superpone a lo que debería representar.)

Por su riesgo de degenerar en catálogo, coincidencias como las

citadas no bastan para medir la envergadura de esta novela, pero son útiles para caracterizar a su protagonista. El anciano Funès, tratadista de literaturas iberoamericanas, viaja a un congreso en Lyon, y el trayecto le permite recordar a su esposa, Marie-Hélène, una antigua alumna que ambicionaba saber si el Funes que figura en *El pájaro mosca* de Roa Bastos es heredero del que aparece en *La meningitis y su sombra* de Quiroga.

¿Comparatismo incitante o sólo superficial? Se decide en la ficción: por coherencia, el pequeño proyecto de Marie-Hélène involucra al profesor Funès, glosador del Funes borgeano, y acaso legatario de aquel Mister Memory que aparecía en los *39 escalones* de Hitchcock y que Borges citó en una reseña.

El tercer participante en la pesquisa es Michel Nazaire, profesor de literatura y ocasional traductor de Bioy Casares, estudioso de un cuento inédito en el que Bioy propone a un médico de previsible apellido: Funes. Con Nazaire, que viene a ser otro suplantador, el asunto gana en profundidad. Al cabo, la redundancia es aquí un señuelo. En más de un sentido, este rastreo *de todos los Funes* supone el hallazgo de un linaje del cual es posible apropiarse: un parasitismo pudoroso que, ya se sabe, atañe a no pocas criaturas borgeanas.

Con buen pulso narrativo, Berti nos invita a recomponer la memoria de Funès: sus ingeniosas defensas, la naturaleza más íntima de sus engarces e imposturas, el modo en que otorga a otros la paternidad de sus ideas. Actor y amanuense de su propio libreto, Funès aparece como un administrador celoso de invenciones que son preferibles a la certeza documental. Las suyas son pequeñas falacias que memoriza como recuerdos y que le exigen a cambio un tributo sentimental. El enmascarado demuestra así un dominio cabal de la estilización, el simulacro y el reflejo ilusorio. A la hora de trazar esa pirueta colecticia, la escritura de Berti es lustrosa, inteligente y sumamente amena. Una equilibrada dosis de ironía contribuye a reforzar el interés de esta ficción, cuyas bifurcaciones (especulares, sin duda) conducen a un memorial en continuo desplazamiento.

**ZurDos. Última poesía latinoamericana. Antología,** Yanko González y Pedro Araya, epílogo de Edgardo Dobry, Bartleby Editores, Fundación Domingo Malagón, Madrid, 2005, 344 pp.

De ello no hay duda: los alérgicos a la novedad poética se interesarán poco, o más bien nada, por la

antología que acá reseñamos. Y no tanto porque los autores en ella reunidos se valgan de innovaciones técnicas, revisables por medio de un filtro vanguardista. Más bien, esa distancia se impone por razones generacionales. Los poetas de *ZurDos* prefieren conservar la energía creadora del *rock* y del *rap*, y sus eficacias verbales no tienen una deuda con la literatura de arte mayor, sino con el espectáculo contracultural y con esa coloquialidad que sobrevuela los bajos fondos, descarnada y preferiblemente transitoria. Salvo excepción, la obra de todos ellos se encuadra fácilmente en las costumbres juveniles. De ahí que en la colectánea proliferen (repetidos pero variados) apuntes mínimos de un ansioso recuento: las preguntas por la identidad y otros dolores mentales, el sexo como acto de liberación narcisista, la lucha contra el buen sentido burgués, la imitación improductiva de la regla paterna, el destino convertido en veredicto, y en fin, toda una serie de filosofemas adolescentes, a veces tirando a banales y casi siempre formulados en una atmósfera donde domina la estética metropolitana.

Reducida a estos tiempos que corren, la ternura es uno de los sentimientos promovidos por la argentina Laura Wittner. Contrasta, en lo mesurado de su expresión, con la fiera insubordinación

de varios compatriotas suyos: Romina Freschi, Wáshington Cucurto, Fabián Casas y Juan Desideno. Desde este margen, hay familiaridad entre Desiderio y los rasgos gruesos de otro poeta argentino, Martín Gambarotta, cuyo interés se alimenta con materiales del *punk* («Vicious en el sentido de sádico. De pibe / apaleaba perros en el parque Slough./ Y Sid porque ningún careta /jamás le pondría ese nombre a su hijo»). En razón de esa unidad que el vigor y el desafío configuran en ella, la poesía del costarricense Luis Chaves participa del mismo festín («Debajo de ese lunar tan sexy / crece en silencio / un tumor maligno»).

Nacida en Cuba, Damaris Calderón asigna expresamente al ser humano un determinismo fatal («El pájaro que entró no saldrá / ni por el hueco de la sien»). Su paisano, Carlos Augusto Alfonso, expone un patrimonio de experiencias que nos conduce a esa esfera deprimente que podemos interpretar como articulación temática («Soy hijo de mi hermana / he fundado un país. / Yo soy hijo del viejo / que escapó de Sodoma, / cobrando unos favores que *alguien* le debió»).

Más vibrante en cuanto a recursos, el chileno Germán Carrasco figura entre lo mejor de esta antología: sus versos, animados por una tensión nerviosa, declaran una melancolía siempre nueva e

inesperada («Para las urracas o el abatido nido de sus ojos / brillan los tesoros: sillas de ruedas, baratijas en manos virginales, en regazos»). Ese elogio que merece Carrasco también es lícito para otros dos poetas chilenos, el *vallejiano* Jaime Luis Huenún y Malú Urriola, quien reordena con soltura los tópicos de Alejandra Pizarnik.

Los poemas de Marcelo Novoa y Nicolás Díaz Badilla, de clara evocación bohemia, reproducen esos prestigios de las subculturas que también agradan al chileno Pedro Araya («la pálpebra sigue tu índice en la húmeda ventana del hotel Beau-Séjour describiendo un bicho mientras lees los periódicos verticales de Chinatown»). Los detalles sórdidos, la nocturna confidencia y el tránsito por una vía muerta movilizan paralelamente los poemas de Sergio Parra y Yanko González.

Aires de familia: al reconocerse en este libro, dan vida al mismo juego los demás autores seleccionados. A partir de sus polos —la juventud de las voces y la arbitrariedad de sus estilos—, *Zur-Dos* repite los acordes de otros poetas modernos, cuya leve experiencia constituye lo propio de su atrevimiento. Acaso con el tiempo se los nombre por su esmero renovador. En todo caso, nadie discutirá la amplitud de esta panorámica que completan el boliviano Juan Carlos